



## DAVID LIBERMAN, AGOSTO DE 1975, HOY

David Maldavsky\*

Periódicamente reviso pilas de papeles que se amontonan sobre mi escritorio y en diferentes estantes de mi biblioteca, y que contienen sobre todo versiones preliminares de algún trabajo propio que después corregí, o de un trabajo ajeno, que su autor me ha solicitado que le comente y que luego modificó. En una de esas revisiones avancé, supongo, más decidido, hasta “estratos más profundos” de mis papeles, y me toqué con unas desgrabaciones de intercambios con D. Liberman, realizados en tres oportunidades. Sólo uno de los tres bloques está fechado (30 de agosto de 1975); los otros dos parecen corresponder a fechas cercanas. Pude ubicarme en los hechos: habíamos escrito ya Psicoanálisis y semiótica, y el libro estaba a punto de salir a la luz en Paidós (hecho que le comenté a Liberman en un pasaje). Teníamos frente a nosotros dos esquemas que Liberman expuso en varios libros: el del aparato psíquico, en el cual reunió primera y segunda tópica e hipótesis adicionales de diferentes autores, y el de la combinatoria entre fases de la libido y afectos correspondientes a las posiciones esquizoparanoide y depresiva. El objetivo de nuestro intercambio era la redacción de un texto que en noviembre de ese mismo año se publicó en Imago, 3 (dedicado al lenguaje, bajo mi coordinación), con el título “Sobre el aparato simbólico”. Yo estaba especialmente interesado en que se publicara el artículo de Liberman y le propuse que nos reuniéramos para que pudiera ayudarlo a pasar sus ideas al texto escrito. Partía del supuesto de que Liberman solía condensar en imágenes (como los esquemas antes mencionados), muchos conceptos que requerían despliegue, y para ayudarlo en esta tarea a mi vez necesitaba que él mismo me orientara. Liberman estaba por entonces, creo, en el punto culminante de su desarrollo teórico, y el trabajo que publicó entonces es, precisamente, una expresión de ello.

Releer las páginas de nuestros intercambios no me resultó sencillo, por diferentes motivos. Faltan palabras y frases íntegras, seguramente por dificultades con la grabación misma, y otras partes del texto tienen flagrantes errores de transcripción. Pero lo que más me conmocionó fueron, por supuesto, otros aspectos: descubrir que ya en aquel entonces prefigurábamos muchos de los desarrollos actuales, advertir que resultaba difícil detectar de quién de los dos había surgido la idea (cuestión aún más complicada de resolver por el hecho de que ambos evidenciábamos nuestras criptom-

---

\* Director del Instituto de Altos Estudios en Psicología y Ciencias Sociales en la UCES (Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales), del Doctorado en Psicología, de la Maestría en Problemas y Patologías del Desvalimiento, del Programa en Metodología de la investigación del lenguaje desde la perspectiva psicoanalítica y de esta revista (Subjetividad y Procesos Cognitivos), en dicha casa de estudios.  
E-mail: dmaldavsky@elsitio.net



nesias y por el hecho de que estas conversaciones estuvieron precedidas de casi una década de muchas otras), y captar nuestra vitalidad, la potencia de los proyectos, los que luego se desarrollaron y los que quedaron trunco. Claro está, lo que acabo de exponer no justifica que hoy, más de 25 años después de aquella época, desempolve papeles y los esponga, ni siquiera sintéticamente. Si he decidido aludir a estos intercambios es porque, al compararlos con el trabajo finalmente aparecido en Imago, advertí que no todo lo que se desplegó en ellos quedó incluido en el texto escrito, y que lo que no apareció publicado tiene valor aún hoy en día.

Desde el punto de vista formal, el propósito que nos guió en aquella oportunidad fue alcanzado sólo en parte, según se advierte de la estructura interna del trabajo de Imago: falta de subtítulos, como evidencia de la falta de una más elaborada jerarquización de los conceptos, final trunco. Sin embargo, en dicho texto se evidencia el valor de la propuesta de Liberman en múltiples sentidos: articular diferentes propuestas teóricas, establecer nexos específicos entre metapsicología y clínica a través de hipótesis intermedias cada vez más refinadas.

En cuanto a los temas tratados en nuestros intercambios, son heterogéneos. Freud y M. Klein eran los autores más mencionados, pero hubo comentarios sobre la teoría de los afectos en Green, la teoría del significante y el Otro en Lacan y la teoría del pensamiento en Bion. También nos referimos a casos clínicos freudianos, sobre todo Dora y el Hombre de las Ratas. En cuanto a los temas centrales, figuran los referidos al afecto, la representación cosa, los relatos y las frases. Asimismo, a la luz de los desarrollos recientes, cobra resalto una sugerencia (que creo que surgió de Liberman en ésta y otras muchas ocasiones) sobre la estratificación entre estilos (o, como yo lo diría actualmente, entre lenguajes del erotismo).

Para exponer brevemente lo que quedó en el tintero del trabajo finalmente publicado, creo que la mejor alternativa consiste en resumir qué es lo que efectivamente apareció en éste, para luego agregar lo que no se consignó. Antes de realizar esta exposición, conviene aclarar que no me queda claro ahora por qué algo de lo que expondré no se consignó, si fue porque yo no recuperé para el texto escrito algo de lo que hablamos o si fue porque Liberman mismo me indicó qué quería incluir y qué no. Es posible que se diera una confluencia entre ambos factores.

Comencemos con los comentarios sobre los afectos. En el trabajo de Liberman el tema aparece, llamativamente, al final, y quizá su inclusión haya surgido por mi insistencia en tratar el punto. Liberman afirma que el afecto se expresa en una representación plástica diferencial, de carácter analógico. Las diferentes cualidades emocionales, afirma, constituyen manojos de estructuraciones de símbolos. Si estas permanecen organizadas, el sujeto experimenta concientemente las gamas de los afectos. El espectro emocional es una parte constitutiva central del aparato de simbolización.



Es su sistema conectivo, que le da unidad y coherencia al mundo simbólico.

Se advierte en nuestras conversaciones que yo no terminaba de entender esta idea, y que la transcribí de manera casi textual de la grabación. Posiblemente haya consultado con Liberman la versión que finalmente apareció. En la actualidad mi dificultad con la idea persiste; más bien yo ubicaría en el intersticio entre los símbolos al pensamiento inconsciente, o a los componentes pulsionales. En las conversaciones se nota, además, que yo tenía un segundo obstáculo para entender lo que Liberman decía, y que derivaba de mi deseo de que él uniera los afectos con el ideal del yo y los sentidos de realidad (tema al cual habíamos dedicado nuestro libro en común). Liberman no descartaba esta idea, pero no le parecía la central. Más bien se interesó en diferenciar entre las ansiedades y los afectos. Las primeras pueden transformarse en los segundos. Releyendo con más cuidado las desgrabaciones, advierto que Liberman discriminaba entre emociones, ansiedades y afectos. Quizá la diferencia no resulte del todo clara. Sostenía que las emociones constituían el aspecto psicofisiológico de la afectividad, y que la ansiedad era un estado inicial. Para explicar la diferencia entre ansiedad y afecto, Liberman citaba Inhibición, síntoma y angustia. Podemos inferir que la noción de ansiedad para Liberman se conectaba con la de los afectos automáticos, sobre todo angustia, a diferencia de los más elaborados, derivados de ellos. En cuanto al valor de conectivo, se la atribuía a los afectos, y no a las emociones. Decía que el afecto da un colorido peculiar al proceso terapéutico, una atmósfera, lo cual se expresa en los elementos suprasegmentales (líneas melódicas, supongo) en el discurso. Inclusive ofreció el ejemplo de un sujeto que decía estar triste, mientras que su “masa fónica” (sic) indicaba que estaba resentido, que tenía una injuria narcisista. En este marco aludió al afecto como conectivo, como argamasa, como en medicina se habla del tejido conectivo. Afirmaba además que “el afecto tiene un ingrediente de acción”. En ese punto Liberman conectó el afecto con el empuje pulsional. Citó a Minkowski y a las experiencias clínicas con ciertos esquizofrénicos a los que les falta energía y son como una orquesta sin director. Afirmaba también que el afecto puede ser o bien contenido o bien padecido. Padecer un afecto supone tender a desembarazarse de él, con una desorganización del yo. En cambio, contener un afecto implica que “lo displacentero pasa a ser placentero en la medida en que se integra con el principio de realidad”. Hecha esta síntesis, cabe destacar que aun ahora pienso que cuando Liberman aludía al afecto como conectivo entre representaciones, consideraba dos cosas diferentes: por un lado, su valor como unificador del conjunto del discurso en torno de un clima, de un colorido, y por otro lado como empuje pulsional circulante cuya ausencia fragmenta al mundo simbólico. Pero esta segunda concepción del afecto lo equipara a la investidura inconsciente, o al pensar inconsciente (desplazamiento de energía anímica en el camino hacia la acción). Este último enfoque es metapsicológico, mientras que el primero (atmósfera) considera más bien un nivel fenoménico.



Es menos espinosa la descripción de lo que Liberman entendía por representación-cosa inconsciente. En el texto publicado el autor equipara a la representación-cosa con el símbolo inconsciente. Agrega que es una conjunción de códigos que conforman otro código. Cada código corresponde a una de las diez áreas perceptuales. Esto permite realizar un número infinito de codificaciones. En el símbolo (representación cosa) se suturan la representación corporal inconsciente, las representaciones kinestésicas (preconciente-concientes) y las verbales (preconcientes). El símbolo es un paquete de información en que existen universos de mensajes que se transforman en clases de significados y viceversa. La representación simbólica incluye representaciones verbales, plásticas y de órgano. Liberman equipara esta representación con la surgida de una computadora gestáltica, que es diferente de la analógica y la binaria. En nuestras conversaciones agregamos que las diez áreas perceptuales corresponden a diez conjuntos diferentes de cualidades. Liberman se refirió también al juego del carretel para ejemplificar lo que pensaba: está presente el concepto presencia/ausencia, una concepción de la espacialidad en la cual se dan la presencia y la ausencia, el acercamiento y el alejamiento, que configuran una sintaxis. En cuanto a la verbalización, también aparece una mimesis (“fooort-da”), con una sintaxis que hace de mediación entre lo analógico y lo digital. Lo verbal, lo kinético y lo auditivo se imbrican. Los dos temas recién mencionados (afectos, representaciones-cosa) son altamente teóricos, pero Liberman trataba al mismo tiempo de enlazarlos con los hechos clínicos, lo cual presupone el establecimiento de hipótesis intermedias. Precisamente, los otros temas que consideramos (relatos, frases) tienen que ver con esta tentativa de desarrollar estas hipótesis intermedias.

Comenzamos aludiendo a los relatos. Es posible que yo insistiera en este punto, ya que en mi libro Teoría de las representaciones, que estaba escribiendo por entonces, me dediqué a él. Pero recuerdo que Liberman me hablaba a menudo de estas cuestiones. Por otra parte, los estudios publicados en esa época por Bremond, Greimas y otros autores, figuraban en nuestras conversaciones, y debieron de ser un estímulo adicional que despertaba nuestro interés por el tema. La escena en la que hablamos de los relatos incluía sobre todo el gráfico de las ansiedades esquizoparanoideas y depresivas para cada fase de la libido. Liberman iba señalando cada casillero y hacía referencias en particular al vínculo hostil con un tercero. Para el erotismo sádico oral primario, aludió a un sujeto que seduce fríamente a alguien con el objetivo de privar a un tercero del objeto de amor. Entonces ese otro sufre de nostalgia o envidia. Para el erotismo sádico oral secundario, el objetivo es lograr que el tercero quede consumido por la impaciencia o los remordimientos y se suicide. Respecto del erotismo sádico anal primario, el móvil sería la venganza, la humillación. Para el erotismo sádico anal secundario, Liberman sostuvo que en el sujeto se da una aspiración a controlar la relación de pareja, sin que pueda sacarse totalmente de encima al tercero. El tercero debe quedar desvalorizado, achatado, o sin esperanzas. Para el erotismo fálico uretral, el deseo es derrotar al tercero. El tercero va a dejar de creer en los demás,



va a sufrir de desconfianza y de pesimismo. En cambio, en los relatos del erotismo fálico genital predomina la tendencia a generar extrañamiento y despersonalización. Cuando Liberman hizo esta descripción sobre las relaciones hostiles con el tercero en el relato, yo le pregunté por el deseo libidinal. En respuesta, afirmó que en el erotismo fálico genital aparece un deseo de ser deseado por alguien importante. En el erotismo fálico uretral cobra realce el deseo de ser deseado por un sujeto ambicioso. En el erotismo sádico anal secundario, predomina el deseo de ser deseado por alguien estable y ordenado. En el erotismo sádico anal primario prevalece el deseo de ser deseado por alguien que realiza acciones inusitadas, fuera del código. En el erotismo oral secundario predomina el deseo de ser deseado por alguien protector. En el erotismo oral primario prevalece el deseo de ser deseado por alguien que siempre va a estar presente, nunca va a provocar una privación. Por la forma en que intercambiábamos, se advierte que el tema nos resultaba familiar, aunque parecía ser esta la primera vez en que lo exponíamos de un modo sintético. Yo le sugerí entonces a Liberman que escribiéramos un trabajo sobre los relatos, y él aceptó. Propuso hacer un texto breve. Yo le dije que pensaba que debían de haber relatos prototípicos, con desenlaces exitosos y fracasados. La reunión en que se dio este intercambio es la única con fecha: 30 de agosto de 1975.

También nos referimos a las frases. El lingüista más citado en este punto era Chomsky. Liberman sostenía que subyacentes a las frases había escenas, en las cuales el sujeto era activo o pasivo. Distinguía además entre una gramática lingüística y una no lingüística, como por ejemplo la de las vestimentas. Si un esquizofrénico se pone los pantalones en los brazos y el saco en las piernas profiere a su manera una frase: "para mí todo está al revés". También se refirió a ciertos dichos populares, como "la que se va a armar", "la cosa está cocinada", y se preguntó por su origen, onto o filogenético. Respecto del rasgo fonológico de la frase, lo consideraba como equivalente de un gesto o una postura. Resaltamos además el valor de las vocales como expresión de estados afectivos: el código analógico se articula con el digital. El juego infantil permite construir sintaxis no gramaticales. Refiriéndose a sí mismo, Liberman afirmó que, como Freud en el sueño de la inyección a Irma, tenía contenidos oníricos cuya frase latente contaba con un antecedente y un consecuente: a raíz de tal cosa pasó tal otra.

En cuanto a los casos de Freud, el desarrollo del tema estuvo sobre todo a mi cargo, pero Liberman asentía o rectificaba. Todo comenzó con una referencia a la desvalorización. Yo comenté que el Hombre de las Ratas le preguntó a un amigo si lo despreciaba, como expresión de su erogeneidad sádico anal secundaria. Liberman se refirió al remordimiento del paciente, expresión de su sadismo oral secundario. Respecto de fragmentos ulteriores del caso prestamos atención al erotismo fálico uretral.

Por fin, deseo mencionar un modo de concebir la combinación entre estructuras es-



tilísticas en un mismo paciente. Liberman no pensaba que en un caso apareciera un único estilo, sino al menos tres. Esta argumentación (que luego olvidé), fue muy frecuente en muchos de nuestros intercambios, y me volvió a la memoria apenas leí los fragmentos en que aludimos al tema, el cual en estas charlas estaba solo esbozado. La idea de Liberman es que un estilo, de carácter defensivo, hace de fachada de presentación que encubre otro, más conflictivo, y que, subyacente a este último, se haya el núcleo de la subjetividad del paciente. Afirmaba que el estilo de fachada daba los campos semánticos manifiestos. En el curso del proceso terapéutico aparecen nuevas maneras de semantizar, nuevos sistemas de preferencias y valores, que al ser elaborados, dejan paso al tercero, nuclear.

Como se advierte, en los intercambios de hace más de 25 años estaban presentes diferentes cuestiones que hoy tienen fuerte vigencia, y de ahí la actualidad de nuestras argumentaciones pasadas. Sobre todo deseo destacar 1) un esfuerzo por refinar la metapsicología combinando hipótesis de diferentes orientaciones teóricas a partir del fundamento freudiano, 2) una concepción de los pacientes a partir de la teoría de que existen varias corrientes psíquicas coexistentes (varias combinatorias entre erogeneidades y defensas), 3) la propuesta de exponer las hipótesis intermedias entre metapsicología y clínica, 4) el esbozo de desarrollo de un método de investigación de frase y relato. Vaya pues este breve homenaje hacia quien fue nuestro maestro, pionero en estas latitudes y en el mundo en muchas de estas propuestas, vigentes con fuerza en el presente.